

La vista desde mi ventana

María Camila Vargas

¹⁸Cuento con la dicha de vivir en una casa ubicada en la línea divisoria entre un paisaje urbano y uno rural. Gozo de la vista de la modernidad y la naturaleza. Sin embargo, la segunda es mi favorita. Siempre que necesito un momento de sosiego, busco alguna de las ventanas de la parte trasera. Allí, frente a mis ojos, se manifiesta un lienzo lleno de colores y matices.

Estos días, en los que debemos permanecer en casa, con gran facilidad, mi mente se satura de pensamientos y desesperada busco la manera de olvidarlos por un momento. Mi cuerpo permanece rodeado por cuatro paredes, pero la vista desde mi ventana permite que mi espíritu se eleve. Viajo con el vaivén de la brisa y bailo con el cantar de las aves.

¹⁸ Estudiante de noveno semestre de la Licenciatura en Idiomas Modernos de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, mariacamilavargasarevalo@gmail.com

Poso mis manos frías sobre el marco de acero verdoso y se tiñen de la cálida luz del sol de mediodía. Mis ojos quedan perplejos al admirar el contraste del azul intenso del cielo y el verde oliva de las imponentes montañas. De vez en cuando, se alza con rapidez una bandada de palomas y se posan en los árboles frondosos que se mesen al ritmo del viento.

Mi cuerpo se torna más ligero y mi respiración más calmada. La vista desde mi ventana hace que mi olfato descubra, con mesura, y se deleite profundamente con el olor del campo. Mi cerebro nota cómo se combinan con armonía los colores en un lienzo perfecto. La mezcla de la tierra marrón, la cebada caramelo y las flores púrpuras que surgen entre la pradera verde manzana.

Tal vez sea una ventana ordinaria, pero guarda en su marco la majestuosidad de la vida. Recarga mi ser de gratitud, admiración y tranquilidad. Aleja los pensamientos negativos que carcomen la mente y enferman el cuerpo. La vista desde mi ventana me enseña lo afortunada que soy, al poder liberar mi ser y mis sentidos a través de ella.